

ENTREVISTA A UNA MONJA

P. Hermana, santa Teresa dijo que Dios “también estaba entre los fogones”. Claro está, se refería a ustedes las monjas. ¿No les queman hoy esos fogones?

R. Sí, eran otros tiempos, aquellos de “la mujer aína, la pierna quebrada y en la cocina”. Ahora ya nos sentamos en los consejos de administración de los bancos y en estos Dios siempre ha estado presente para darles la lección a los ricos. Pero ni caso.

P. Usted ha sido una mujer andariega, ¿qué piensa de las monjas de clausura? Apartarse del mundo no parece la mejor manera de llevar el evangelio a las gentes.

R. Dios nos quiere en todos los lugares, en la vanguardia y en la retaguardia. Por otro lado, la separación nunca es absoluta. Las monjas, como cualquier persona, precisan el alimento material para levantar el espíritu. Sin atender al estómago no se puede cuidar el alma. Y para ello hacen dulces, pastelillos, los cuales les permiten vivir y, al mismo tiempo, contribuir a la sociedad con su trabajo.

P. ¿Es útil que las monjas de clausura recen por el mundo?

R. Esto nos lleva a la cuestión: “por qué rezar?”. No se reza para pedir que nos toque la lotería. Y ni siquiera para que un enfermo terminal de cáncer se cure. Esto sería un milagro, y a los científicos, sobre todo si son ateos, no les gustan los milagros. Esto les rompería sus esquemas mentales. La oración es más bien un consuelo, como llorar en el hombro de un amigo en una desgracia. “Hágase tu voluntad”, dice el cristiano, poniéndose “en manos de Dios”, una resignación que va más allá del estoicismo. Por otro lado, la oración es también gozo, exaltación, alegría por los bienes recibidos. En suma, aunque esto parezca absurdo al incrédulo, “hablar con Dios”. Tal vez la mayor tragedia de algunos ateos sea sentir la necesidad de rezar sin saber a quién hacerlo.

P. Se habla mucho del celibato sacerdotal, pero no tanto de la castidad de ustedes las monjas. ¿El sexo es cosa de hombres?

R. Evidentemente las mujeres sienten el mismo deseo sexual que los hombres. ¿Debe reprimirse? ¿Esto nos hace mejores que los demás? No, en absoluto. Sin embargo, el amor a veces debe ponerse a prueba. No se trata de pedir la luna, cosa imposible, sino de renunciar a lo que está permitido para mostrar hasta dónde se puede llegar.

P. ¿Hacer un sacrificio?

R. Verá, los musulmanes nos superan en una cosa. El ramadán es un verdadero sacrificio. Abstenerse de comer carne los viernes de cuaresma no le importa a un vegetariano. O bien se traslada el comer carne al jueves o al sábado. Es un ritualismo a bajo precio. El celibato es un sacrificio aún más radical.

P. Muchos no lo entienden y se dicen: “¿por qué no pueden casarse los curas y, naturalmente, también las monjas?”.

R. No existe ninguna razón dogmática que lo impida, aunque el matrimonio de nosotros los religiosos – y las religiosas – tiene sus ventajas y sus convenientes.

P. ¿Cuáles, se podría saber?

R. Por un lado, se conocería mejor desde dentro los problemas del mundo. A veces se debe ser cocinero antes que fraile. Un sacerdote con esposa e hijos se entera de “lo que vale un peine” y no puede ya mantener su moral sexual, el rechazo de los medios contra la concepción, aquello de no escoger los hijos y el momento adecuado sino aceptar “lo que Dios nos mande”. Esto es ver los toros desde la barrera. Lo que Dios nos pide es que no nos neguemos a la paternidad en aras de un mejor bienestar económico, el ideal de los “dinkis”, doble ingreso sin niños.

P. ¿Y los inconvenientes?

R. El sacerdote debe alimentar a su mujer y a sus hijos y, por ello, no puede llevar una vida sencilla. Los hijos le podrían reclamar: “nosotros no hemos elegido la austeridad, queremos un nivel de vida similar a nuestros amigos”. Un trabajo externo a la Iglesia, como los curas obreros, puede llevar a evangelizar en el mundo, pero también a perder de vista su verdadera

misión evangelizadora. Por otro lado, el celibato permite la disponibilidad. Quien no tiene hijos propios todos son sus hijos sin distinción. Y esto, en nuestro caso, sin olvidar que no vivimos en casas parroquiales sino en comunidad en monasterios y conventos.

P. ¿Va a llegar la revolución feminista hasta la Iglesia?

R. En la Iglesia primitiva ya existían “discípulas” de Jesús. Más tarde tenemos a santas, pero vienen a ser algo así como bellas figuras puestas en el escaparate para rendirles culto. En el lenguaje popular, “no cortan el bacalao”, no tienen poder. Las monjas tienen sus consiliarios, sus directores espirituales para que no se descarríen.

P. Me vienen a la cabeza esos versos de sor Juana Inés de la Cruz sobre la necedad de los hombres. ¿Acaso no reflejan una visión masculina presente igualmente en la misoginia de muchos eclesiásticos?

R. La Iglesia no salta ágil como una gacela. Y está bien caminar lentamente sobre terreno seguro. Quien corre muy deprisa corre también el riesgo de caerse por el precipicio. Sin embargo, la Iglesia, por una excesiva prudencia, o más bien, temor, tiende a llegar tarde a todos los sitios. Recuérdese aquello de los ultramontanos sobre la democracia: “los católicos liberales, podrán ser liberales, pero no católicos”. Antes o más tarde, existirán sacerdotisas y, lógicamente, “papisas”. Pero dado que las cosas de palacio van despacio se tardarán muchos siglos y muchas generaciones y algún que otro concilio Vaticano. Sin duda, muchos de los sacerdotes actuales estarán felices de no ver esos tiempos.

Pablo Galindo Arlés
2 de noviembre de 2023